



LA MADRE TIERRA



De ella procedemos todos. Hé aquí compendiados en pocas palabras cuantos motivos de gratitud nos unen con este grandioso elemento, uno de los cuatro en que los antiguos físicos dividían la naturaleza. Con él tiene la humanidad cierta clase de parentesco, porque en aquel glorioso día en que el Supremo Hacedor dispuso sabiamente completar la obra del universo, después de haber creado todas sus maravillas, dijo con la expresión del más elevado amor: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza,» y le formó de un poco de barro terrenal, inspirando en su rostro un soplo de vida y dándole un alma dotada de razón é inmortalidad.

Desde entónces, ya en el Paraíso entre las delicias del estado de gracia, ya fuera de él, sometido á las desdichas del pecado, Adán, representado por el hombre, ha sojuzgado á la tierra, que á su vez le paga con inmensos

beneficios sus afanes y descubrimientos. No contenta con haber formado parte de su carne y de su sangre, ella le brinda en su seno todo lo que puede contribuir á satisfacer sus necesidades, todo lo que puede deleitar sus sentidos. Ella con sus rudas peñas y con sus fuertes árboles le suministra materiales con que fabricar el palacio ó la choza que ha de abrigarle contra las inclemencias de las estaciones. Cubre su superficie con infinita variedad de productos para alimentarle, y con otra no ménos infinita de plantas, que son el remedio consolador de sus dolencias corporales. Abre sus hondas entrañas, donde centellean el oro y la plata, á los esfuerzos del minero que en ellas busca, descargando los golpes de su pico, los esplendores de la riqueza. Y cuando, llegado el último momento de la vida, el hombre tiene que pagar su tributo á la muerte, la tierra abre de nuevo su piadoso seno, y en él recibe

indistintamente al orgulloso y al humilde, al fuerte y al débil, al opulento y al menesteroso.

Y si de esto sirve la tierra al hombre en el concepto de la utilidad, no le complace ménos en los deleites que proporciona. Junto á la rica planta ó á la yerba medicinal, produce la bella flor que con sus aromas y sus colores embelesa la vista y recrea el olfato con delicadísimas sensaciones que apenas puede revelar la palabra. Deja correr por encima de su faz cristalinos arroyos y caudalosos rios, cuyos murmullos variados, ora suaves, ora mugidores, unidos á las armonías de los vientos, forman un conjunto de vagas sonoridades que parecen al oido como ecos de una música inefable. Descienden de las ramas de los cargados árboles, próximas al alcance de la mano del hombre, y como incitando sus deseos, las pintorescas frutas, cuyo exquisito sabor es delicia de las más refinadas exigencias del gusto. Y para que el tacto pueda satisfacer también las leyes de su naturaleza, da aliento y vida á la multitud de seres, objetos ó producciones que cumplen con esa misión, pudiendo dudarse si hay algo que cause en la vida sensación más pura y deleitosa que la mejilla del recién nacido, hijo en Adán del seno de la tierra.

De todo se infiere que la que nos dió origen, que nos sostiene, que nos alimenta, que nos recibe en su seno, debe ser para nosotros objeto de respetuosa consideración.

De aquí el que en todos los pueblos y en todas las civilizaciones haya sido su cultivo la profesión primordial, y la honrada por excelencia entre las diversas de esta índole que en el orden

físico pueden representar el trabajo material del hombre. Y á poco que se reflexione se echa de ver en efecto que si bien son necesarias y de utilidad las faenas del industrial, del mecánico, del comerciante, y otras mil análogas, ninguna de ellas está tan en relación con el orden de la naturaleza como la del labrador y del agricultor que trabajan á la faz del cielo el propio elemento de que proceden, habiendo sido por esta razón, y porque el resultado de sus afanes constituye la base fundamental de la riqueza, favorecida la agricultura con la protección y amparo de innumerables leyes.

Antiguas tradiciones poéticas han representado la nobleza del cultivo de los campos y los beneficios que de él obtiene la humanidad por un bello símbolo, de que os dará débil idea el grabado que teneis á la vista. Una joven hermosa, coronada de flores, y que pendiente de su cintura lleva la dorada hoz, y un adolescente que estrecha en sus brazos un manojo de sazonadas espigas, constituyen ese emblema. Ella, que es una griega figura, á modo de divinidad mitológica, representa el instinto humano que pide á la tierra sus más opimos frutos, la ley del trabajo, que es á la par ley de castigo y de perdón. Él, que es un mancebo que acaba de dejar los juegos de la infancia para entrar en los combates de la juventud, simboliza al hombre que desde sus primeros afanes puede recoger del seno de una madre cariñosa la jugosa espiga, que á su vez simboliza el primero y más importante de los alimentos humanos. ¿No es una representación muy halagüena de la agricultura, de la que es á la vez arte, profesión, conveniencia, necesidad y recreo?



Ved, desde otro punto de vista, cómo la madre tierra galardona los sudores del que consagra su vida á cultivarla. No aludo aquí á los rendimientos y frutos naturales ántes indicados; aludo á la influencia bienhechora que los trabajos y el alejamiento del mundo, necesarios para procurar los expresados fines, ejercen sobre el organismo físico y sobre las inclinaciones morales del agricultor. El vigor, la sobriedad, la salud son tres recompensas que éste consigue en el primero de los enunciados conceptos. El orden de la vida, padre del reposo; la moderación de los

deseos, medio de obtener la posible felicidad terrestre, y la honradez de sentimientos, origen de la tranquilidad de la conciencia, son para él, en el segundo de aquellos, dulce premio que no comprenden los que padecen en medio del torbellino de las pasiones sociales.

¿Qué mucho, pues, que desde los más remotos tiempos los pueblos, aún sumidos en los errores de la idolatría y del paganismo, hayan atribuido á sus falsas divinidades y á sus héroes la invención del cultivo de la tierra? Si conocido en Asia desde épocas fabu-

losas se propagó al resto del mundo como el bienhechor del género humano; si los egipcios atribuyeron su descubrimiento á Isis, los griegos á Ceres y á Triptolemo, inspirado por esta diosa, y los italianos á Saturno ó á Jano; si en China fué siempre objeto de una especie de culto; si en los mejores tiempos de la república romana obtuvo grandes honores y consideraciones, hasta el punto de que eminentes varo-

nes no se desdeñaban de practicarlo personalmente, señales son todas estas que demuestran que en tal género de trabajos obedece el hombre á un secreto y poderoso instinto de su naturaleza.

Todo esto representa la madre tierra en el orden físico. Ahora bien: ¿no es evidente que en el orden moral publica el poder, la sabiduría y la providencia de su Creador? Sí lo es.

ANTONIO ARNAO.

CUENTO DE SCHMID

LOS VERDADEROS AMIGOS

Un padre cariñoso refirió un día á sus hijos el cuento siguiente :

«El gobernador de una grande y remota isla recibió una vez orden del rey, su legítimo señor, de comparecer á su presencia á dar cuenta de su conducta.

Después de hacer los preparativos de viaje, se embarcó para su patria. Sus amigos, por quienes él habia tenido mayor predilección, le vieron partir indiferentes; otros que le habían hecho mil protestas de cariño, le acompañaron hasta la orilla del mar; pero algunos, en los que apenas se habia fijado y de los que jamas hubiera creído recibir tan grande obsequio, le acompañaron en su larga travesía, llegaron con él hasta las gradas del trono, y allí tomaron su defensa, alcanzando para él la gracia de su soberano.»

En este gobernador, hijos míos, veis á to-

dos los hombres: como él, cada hombre tiene tres especies de amigos, cuyo verdadero valor no conoce hasta el momento en que va á comparecer ante el tribunal de Dios para dar cuenta de las acciones de su vida.

Los primeros son sus riquezas, empleos y honores, que le abandonan á la hora de su muerte, para pasar tranquilamente á manos de otros.

Los segundos son sus parientes y personas de su cariño, cuyas lágrimas le acompañan hasta el sepulcro.

Los terceros son sus buenas obras. Estas le siguen en su viaje á la eternidad, abogan por él ante el trono del Altísimo y le alcanzan perdón y misericordia.

¡Que estos últimos, hijos míos, formen el mayor número de vuestros amigos, y así vivireis y morireis tranquilos!»





ANTONIO DE NEBRIJA

Fué este célebre escritor gran gramático y catedrático en Salamanca y en Alcalá; tenía grandes conocimien-

tos en diversos idiomas, y fué muy estimado por su saber y virtudes. Nació en Lebrija en 1444 y murió en 1522.

PASAJES BÍBLICOS

COMPUESTOS EXPRESAMENTE PARA ESTA REVISTA

IV.

EL ALBOR DE LA INOCENCIA.

Bien sabeis, queridos niños,
que os amo con la ternura
que brota de la dulzura
de mis ardientes cariños.
Blanca como los armiños
es de la gracia la esencia
que embalsama la existencia,
pura, bella y delicada,
del alma que está adornada
del candor de la *inocencia*.

De la *inocencia el albor*
al rielar en el Eden,
colmó á Adan de paz y bien
con su influjo encantador.
Las dulces fuentes de amor,
de ventura y de clemencia,
bañan la limpia conciencia
del hombre dichoso y fiel,
al ver irradiar en él
el albor de la inocencia.

Libre, feliz y sereno,
 é inundado de alegría,
 el primer hombre vivía
 en un jardín muy ameno.
 De la gracia de Dios lleno,
 recibía la influencia
 del perfume y rica esencia
 de aquellas flores fragantes,
 que bordaban con diamantes
 á la flor de la *inocencia*.

Flor hermosa y celestial
 que en el Paraíso brota
 y derrama gota á gota
 su fragancia sin igual.
 La justicia original
 brilla con magnificencia
 en la sublime eminencia
 de la verdad soberana,
 que embellece y engalana
 el ángel de la *inocencia*.

Ángel que vuela entre flores
 cual céfiro dulce y blando,
 de perfumes impregnando
 el pensil de los amores...
 Al contemplar los honores
 y magnífica excelencia
 y suprema preeminencia
 de la gracia candorosa,
 dice con voz melodiosa
 que le inspira la *inocencia*:

—«Albricias te doy, Adán,
 »por tus derechos sagrados:
 »todos los séres criados
 »á tus órdenes están.
 »Siempre risueños serán
 »los días de tu existencia,
 »si con humilde obediencia
 »sirves á Dios, Rey del cielo,
 »que hace brillar en el suelo
 »el albor de la *inocencia*.

»Eres libre para obrar,
 »y libre para sentir,
 »y libre para elegir,
 »y eres libre... para amar...
 »Ama á Dios, que ha de juzgar
 »con equidad tu conciencia...
 »En tu clara inteligencia
 »y discreción yo confío,
 »sabrás regir tu albedrío
 »con la luz de la *inocencia*.

»¡Luz de irradiantes fulgores!...
 »Si la sabes conservar
 »ella te ha de coronar
 »con su guirnalda de flores.
 »Gozará dichas y amores
 »tu venturosa existencia...
 »La Divina Providencia
 »origen de todo bien,
 »quiere, Adán, que en el Eden
 »brille pura tu *inocencia*.»

Esto dijo el Ángel santo,
 y sus alas primorosas
 tendió sobre bellas rosas
 cual ténue y vistoso manto.
 Un dulce y místico canto
 de melodiosa cadencia
 vibra y trasmite la esencia
 de las perfumadas flores,
 ensalzando los primores
 de la cándida *inocencia*.

Niños: es grande el valor
 de la gracia soberana
 que infunde en el alma humana
 carismas de santo amor.
 Amad del Sumo Hacedor
 la bondadosa clemencia,
 que os inspira la prudencia
 y os muestra la maravilla
 con que en vuestras almas brilla
 el albor de la *inocencia*.

FRANCISCO REIG Y LLOPIS.



GEOMETRÍA DE LOS NIÑOS

(CONTINUACION)

XXII.

ÁREAS DE LOS POLÍGONOS.

Recuerdo, queridísimos lectores, la vergüenza que pasé hace algunos años, cuando yo era niño, por no poder averiguar la extensión de la sala de la casa en que por aquellos tiempos habitaba. Era el caso que mi papá quería poner esteras en aquella habitación, y como yo estaba en la escuela y debía saber geometría, tenía empeño mi buen padre en que averiguase las varas que era necesario pedir al esterero para que este no tuviese necesidad de venir á nuestro domicilio con el solo objeto de medir nuestra sala.

Vano fué el empeño de mi querido papá: yo no sabia una palabra de esta ciencia que ahora os presento en mis artículos, y no pude resolver el problema.

Pero no fué esto todo: el esterero vino con una vara debajo del brazo, y con una sencilla multiplicación dijo las varas de estera que el salón requería.

Yo estaba allí, y estaba para sufrir la victoria de aquel hombre sobre mí: él, que decía no saber leer apenas, sabía más geometría que yo, que en la escuela había obtenido el primer premio de aplicación. Mucho pensé entonces en las ventajas del saber, y muchos deseos tuve de adquirir conocimientos en esta ciencia tan bonita sobre que os escribo; pero mi maestro era de los antiguos, y no enseñaba en

su escuela la geometría. Tuve, pues, necesidad de resignarme hasta que hace poco mi amigo Carlos ha venido á enseñarme, contándome los sucesos y la historia de su cátedra, todo esto que he ido exponiéndolos en los anteriores artículos que habreis sin duda alguna leído en este periódico.

Ahora bien, queridos niños, yo no quiero que os veais en el bochorno que pasé con el esterero, por no saber averiguar la extensión de mi sala, que tenía la forma de un perfecto rectángulo; y por esto voy á deciros lo que mi amigo el profesor explicó á sus discípulos sobre el modo de conocer el *área* de los polígonos.

Área os he dicho; sí, *se llama área de una figura á la medida de su extensión.*

Empezaremos por el triángulo: es la menor de las figuras en el número de sus lados; y esto hace que debamos darle la primacía. Vosotros y yo obramos perfectamente considerándola antes que las demás.

Si se os diese un espacio cualquiera de figura triangular, y quisiéreis averiguar su extensión, tendreis necesidad de conocer su base y su altura. Supongo que conoceis ambas cosas; si así es, no teneis más que multiplicar el número *que represente la longitud de la base por el que dé la mitad de la altura*; en el producto tendreis el área del espacio triangular; pero debo advertiros que aquel se referirá á unidades cuadradas de aquellas que lineales

representaban los factores: supongo que sabeis que los términos de la multiplicacion son factores del producto.

Quiero poner os un ejemplo: sea la averiguacion del área de un triángulo que tenga 27 metros de base por 22 de altura: tenemos que multiplicar 27, longitud de la base, por 11, mitad de la altura:

$$27 \times 11.$$

Hé aquí que casualmente he venido á proponer os un problema de aritmética.

¿Vais á tomar la pluma para resolverlo?

No, queridos niños; es muy fácil multiplicar por 11 un número de dos cifras. Voy á deciros cómo, por si alguno de vosotros no lo sabe. Sumo las dos cifras, y tengo $2+7=9$; pongo el 9 entre los dos sumandos, y forman las tres cifras el deseado producto:

$$2 \cdot 9 \cdot 7$$

297 es, queridos niños, el producto de 27 por 11. Nuestro triángulo tendrá una extension igual á 297 metros cuadrados.

Debemos pasar á los paralelógramos: *el área de una de estas figuras es igual al producto de su base por su altura*. Esto lo sabia el esterero de que os he hablado, y por eso averiguó él tan fácilmente el número de varas de estera que mi sala requería. Sí; él tomó el largo, luego el ancho, y como estas eran la base y altura del rectángulo que el salon formaba, tuvo fácilmente en el producto el área de la sala que yo no supe medir.

Vosotros no estais ya expuestos á sufrir lo que yo en aquella ocasion; teneis, pues, más fortuna de la que á mí me cupo.

Debo hacer os observar que en el cuadrado, como la base y la altura están representadas por cualquiera de los lados, no teneis para averiguar su extension más que *multiplicar la longitud de uno de ellos por sí misma*.

Sabeis ya, por lo tanto, el modo de conocer el área de un triángulo, un cuadrado, un rectángulo, un rombo y un romboide. Voy á explicar os cómo podreis obtener la del trapecio y círculo y la de un polígono cualquiera.

El área de un trapecio es igual al producto de su altura por la mitad de la suma de las bases; es decir, de los lados paralelos.

La del círculo es igual al producto de la circunferencia por la mitad del radio.

¿Y la del polígono?

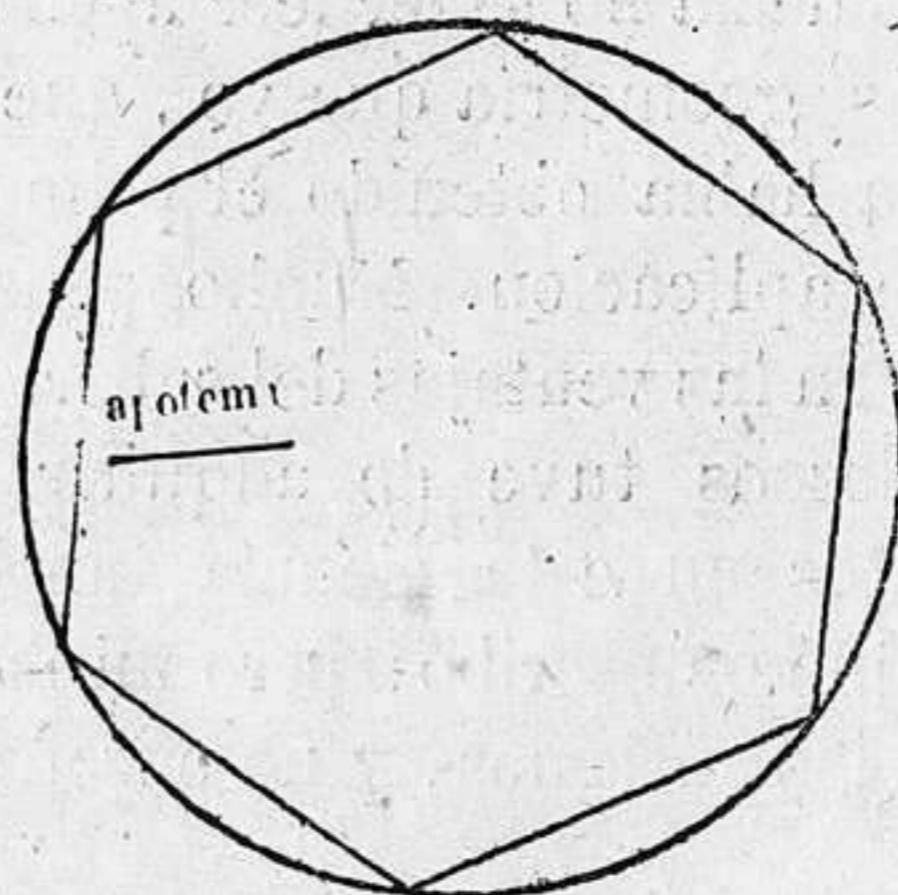
Aquí hay una gran dificultad: el área de un polígono es igual, siempre que sea regular, á su perímetro por la mitad de su apotema.

¿Qué es esto? direis.

Teneis razon, queridos niños, no os he dicho lo que es apotema. Pero lo vais á ver en seguida: *se llama apotema á la recta que saliendo del centro de la circunferencia en que se considera inscrito el polígono, es perpendicular á un lado en su punto medio*.

¿Quereis que os lo represente?

Voy presuroso á cumplir vuestro deseo:



Si considerais á un círculo como un polígono de un número infinito de lados, ó á uno de estos, aunque esté formado por un corto número de rectas, descompuesto en triángulos, os será fácil recordar siempre el modo de hallar sus áreas.

Aquí termina, queridísimos lectores, la primera parte de este tratadito, cuyo final motivó en la cátedra de Carlitos una suspensión de tres días de clase, por causa de que mi amiguito encargó á sus discípulos la construcción de las figuritas que podían representar ya cuadriláteros, ya círculos, en fin, cualquier cosa de las que en la cátedra se habían visto, y que había el

esclarecido profesor construido. Los niños prometieron, cada uno por sí, traer una colección completa, si bien unos esperaban hacerla de papel, otros de cartón y otros de madera. Tenía esto un fin muy importante, y era conseguir de los geómetras que se fijasen perfectamente en las diferentes figuras que conocían para apreciar mejor sus conocimientos. Ya que termino aquí este artículo, debo recomendaros lo mismo, para que emprendamos con provecho la continuación del estudio de la geometría. Ya vereis en el primer artículo de la segunda parte la diferencia que existe entre lo que conocemos y lo que vamos á conocer.

E. THULLIER.

UN ERUDITO



Este niño tiene grandes condiciones de bibliófilo y erudito. Registra todos los libros de su tío, y en todos encuentra alguna cosa que le parece curiosa y bonita, y ya no se le va nunca de la memoria, que la tiene felicísima, como ha de ser la de un erudito.

CARTA AL DIRECTOR

DE

LOS NIÑOS

Con sumo placer insertamos la siguiente carta-romance que un suscriptor, un niño de nueve años, dirige desde Zamora al director de LOS NIÑOS. Mucho nos favorece con ella su autor, que ha comprendido perfectamente la noble mision de este periódico, y le damos gracias por su elogio.

Cumplido con el autor este deber de cortesía, hemos de hacer notar al lector el asombro que nos ha causado que esa composicion sea, como nos consta, producto de tan precoz ingenio. Grandes disposiciones revela en esos versos nuestro amable suscriptor, y hacemos de él este elogio, seguros de que no ha de envanecerse, y únicamente le servirá de estímulo para estudiar con aficion y provecho. Dámosle la enhorabuena, y tambien se la damos á sus amantísimos padres.

Dice así el romance:

Aunque soy, Frontaura, un niño,
y un niño que sólo cuenta,
incluyendo la que pronto
vendrá, nueve primaveras,
tengo, gracias á tu pluma,
humos de hombre cuando llega
tu periódico,—(ó el mio,
que mio es, y verdadera
fe de ello me da su nombre)—
y hallo en sus páginas bellas
que por mi ventura es sólo
para niños cuanto encierra,
que los niños se hacen hombres

con la lectura que engendra
en su corazon virtudes
y luz da á su inteligencia.
La mia, aunque mis maestros
dicen que es precoz, apénas
comprender esto podia
al recibir las entregas
primeras de tu periódico,
que entre mis juguetes eran
otro juguete, y no más,
las que recibí primeras.
Mas luego que mi maestro
me ha explicado lo que es esa
difícil facilidad,
como la llamó el poeta...
(Moratin, creo...) me he dicho
acá para mis... afueras
(del maldecido asonante
es culpa este viceversa):
¿Con que tan difícil es
el escribir cosas buenas
y propias para los niños?
¿Con que es más fácil empresa
escribir para los sabios,
que el hacer esas ligeras
composiciones, que un niño
piensa para sí, al leerlas,
que es otro niño su autor,
y que él tambien las hiciera?
¿Con que así es como LOS NIÑOS
á los niños les enseña
á correr tras la virtud,
como corren tras ligera
y pintada mariposa,
por lo que tiene de bella;
y así, jugando, jugando,
como los chiquillos juegan,
su alma forma para el bien
y sus pasos endereza
hácia la verdad que es sólo
lo que hay de amable en la tierra?

Y ello es cierto, porque yo
 conozco con evidencia
 que cuando leo Los Niños
 y al tiempo que me deleita
 su lectura, siento arder
 en mi pecho con más fuerza
 el amor á mis papás,
 y que mi respeto aumenta
 á mis maestros y á cuanto
 es digno de reverencia.

Y pues todo esto se debe,
 Frontaura, á Los Niños, deja
 que un niño reconocido
 al bien que á todos dispensas,
 te dé por todos las gracias,
 y tambien la enhorabuena;
 que si es útil á los niños
 tu provechosa tarea,
 para tí será gloriosa
 y de fama duradera.

Zamora 21 de Enero de 1872.

LUIS CHAVES ARIAS.

ANÉCDOTAS

Uno de los principales oficiales del ejército de Cárlos V. tenia una casa muy bella y de gran extensión. El rey, que la visitó un dia, se asombró de ver el pequeño espacio destinado á cocina, y lo poco provista que esta se hallaba.

—Señor, le dijo el dueño, mi frugal y pequeña cocina ha hecho mi casa grande.



Un médico muy hábil llamado por el rey de Persia, preguntó al llegar á la ciudad cómo se vivia allí, qué costumbres habia en la comida.

—Aquí no se come, le dijeron, más que cuando se tiene necesidad, y áun esta necesidad se satisface prudente y discretamente.

—En ese caso, dijo el médico, no estaré yo mucho tiempo aquí, porque un médico no tiene nada que hacer donde se vive de esa manera.



Tomas Morus, canciller de Inglaterra, fué muy estimado por la independencia de su carácter y su integridad. Una vez, un gran señor que tenia un proceso pendiente ante el tribunal de que Morus formaba parte, le envió de regalo dos magníficos jarrones de plata y oro. Morus los hizo llenar del mejor vino de su bodega, y los devolvió al gran señor con el mismo criado que los habia traído. «Decid, le dijo, á vuestro amo, que si le parece agradable mi vino, puede enviar por más, y tendré mucho gusto en servirle.»



Sócrates habia convidado á cenar á varios personas principales; su mujer Xantipa estaba muy apurada, porque la cena que les iba á presentar era demasiado frugal y modesta.

—No tengas cuidado, le dijo Sócrates; si son personas discretas y de virtud, quedarán satisfechas; si no lo son, no merecen que nos molestemos en contentarlas.



Un dia, Aristipo, el filósofo cortesano, viendo á Diógenes, el filósofo independiente, que lavaba en una fuente las legumbres que iba á comer, le dijo:

—Si quisieras ser cortesano del rey, no estarias reducido á ese pobre y escaso alimento.

—Si tú quisieras, le contestó Diógenes, contentarte con este pobre y escaso alimento, no estarias reducido á ser cortesano y adulador.



Leon de Bizancio, célebre filósofo, queriendo exhortar á los atenienses á la paz, subió un dia á la tribuna. Como era extremadamente grueso, el pueblo comenzó á reir y á burlarse del orador; pero él, aprovechando aquella misma burla, exclamó: «¿Por qué os reís? Porque soy tan gordo, ¿no es verdad? Pues ¿qué diriais si vierais á mi mujer, que es muchísimo más gruesa que yo?... Sin embargo, tales como somos, cuando la paz reina entre los dos, nos basta una pequeña habitacion para vivir contentos; pero cuando no estamos en paz, apenas cabemos los dos en la casa entera, y eso que es muy grande.»

El pueblo entendió el apólogo, y hubo paz entre los atenienses.



LA HISTORIA DE ESPAÑA

INTRODUCCION

Acaso entre las naciones de Europa ninguna como nuestra España ofrece un pasado tan lleno de grandiosos recuerdos, de sublimes epopeyas, de memorables acontecimientos. Todos los pueblos tienen su historia, todos pueden referir con orgullo heroicos hechos de sus antecesores; no ménos que recordar con sentimiento lastimosas épocas de guerras, de ruinas y desolacion; pero las vicisitudes de su historia no fueron en muchos pueblos tan variadas, tan interesantes, tan conmovedoras y agitadas como en el suelo de nuestra querida patria. Razas diferentes de las primitivas invadieron, conquistaron y modificaron las costumbres de otras naciones; pero la variedad, la divergencia de origen y del

genio que predominaba en los pueblos extranjeros que han influido en la suerte de nuestra patria fué tan notoria, fué tan grande, que áun hoy los destinos de la moderna España se resenten de esta mezcla de precedentes y de orígenes diversos, que le han dado un sello del todo distinto de los demas pueblos del mundo. Este carácter especial de los sucesos, de las costumbres y de los hombres de nuestro país, motiva que la historia de España tenga un sello particular que no se parece al de las historias de los demas países, y al intentar consignarla en páginas para la infancia, procuraremos conservarnos á la altura que requieren sus tiernas imaginaciones, y no escribiremos del mismo modo que si

nos dirigiésemos á lectores no ménos graves que experimentados. Pero nuestra historia de España no será una imitación de tantas historias como se han escrito, en que no se hace otra cosa que amontonar fechas, describir batallas, citar coronaciones de reyes y más reyes, sin hacerse cargo del estado social de cada época, de la situación de la sociedad, del bien ó malestar del pueblo, de las mejoras y adelantos en las artes y las ciencias, y cuanto constituye la vida de un pueblo culto ó que aspira á serlo. Nuestra historia será, más bien que la historia de la monarquía española, la historia del pueblo español, la historia de los españoles, desde los más remotos tiempos hasta nuestros días, no despreciando por cierto los hechos de los reyes y de los magnates, pero colocando á su lado los hechos de los sabios, de los marineros intrépidos, del clero virtuoso, de los aplicados industriales y de los infatigables agricultores, porque los hechos de todas las clases de la sociedad que han existido y existen en España, desde los monarcas á los labriegos, desde los sabios hasta los ignorantes, son los que constituyen la historia de los españoles, ó como suele decirse, la historia de España.

I.

TIEMPOS PRIMITIVOS.

La naturaleza misma parece que ha querido formar los límites de la hermosa Península en que vivimos, ciñéndola por todos lados por el Océano y el Mediterráneo, separándola del Africa por el Estrecho de Gibraltar, y enlazándola con el continente europeo por los Pirineos, dilatada cordillera de

elevadas montañas que la separan de Francia. Descienden de esta cordillera ramales grandiosos, que dividen y separan diversos territorios; y otras cordilleras interiores se prolongan hácia la parte meridional, señalando el rumbo á diversos rios que fecundan las cercanías de su curso caudaloso. Llanuras inmensas, valles profundos, ensenadas y bahías cómodas, variedad de clima que ofrece toda clase de frutos y producciones, todo concurre para que su suelo sea fertilísimo y para que fuera apreciado sobremanera de los antiguos. La hermosura de su cielo, la fertilidad de su territorio, la variedad asombrosa de sus riquezas, todo contribuyó para atraer los pueblos navegantes de Oriente, y por lo mismo recibió la España desde bien temprano los primeros gérmenes de la civilización, alternando con el movimiento general del comercio y de la política de los pueblos de la antigüedad.

El origen de los primeros pueblos que habitaron en nuestra patria, se halla envuelto en la oscuridad que suele acompañar á los acontecimientos más remotos. Si quisiésemos dar crédito á los escritores de los primeros siglos de la era cristiana, en que la crítica histórica no se hallaba muy fundada, descenderían los españoles de *Társis*, hijo de *Javan*, nieto de *Japhet* y biznieto de *Noé*, apoyándose en lo que dice Moises en el Génesis, de que Társis fué uno de los descendientes de Noé que despues de la confusión de las lenguas salieron de la torre de Babel para ir á lo léjos á poblar la tierra. Añade el mismo Moises que Társis propagó la especie humana en una isla, á la que dándola su nombre, segun costumbre de los primitivos po-

bladores, se llamó *Tarseya*. Como Polibio apellidó *Tarseyo* el país situado en España en las costas de la Bética, que los más antiguos escritores griegos y latinos llaman *Tarteso*, resultaría que según dicha tradición Társis vino á España, poblando la parte meridional de Andalucía. Añádese á esto que San Jerónimo hace una indicación formal del viaje de Tubal á España, y que Josepho, historiador de los judíos, cita la Iberia como una region habitada por Tubal; pero como éste se refería á la Iberia asiática y no á la europea, resulta que todo queda envuelto en la oscuridad de la fábula.

Diversos fueron los nombres que los antiguos dieron á nuestra Península, pero entre ellos, el que más ha prevalecido y atravesado sin alteración una larga serie de siglos, ha sido el de *Spania*, que recibió de los fenicios. Los griegos la llamaron *Hesperia*, por la situación geográfica de España al Oeste de su país, significando *hespera* en griego, tarde, occidente; y más adelante se llamó *Iberia*, por un río llamado *Iber*, *Ibris* ó *Iberus* (el Ebro)

que hallado en la costa oriental por ciertos navegantes, lo aplicaron á la Península entera, llamando Iberos á los pueblos que la habitaban.

En cuanto á la significación de la palabra *Spania*, de que los romanos hicieron *Hispania* y los españoles *España*, son diversas las conjeturas que forman los sabios. Suponen algunos que se llamó *Spania* por los muchos conejos de que abundaba y aún abunda, porque el significado de la voz *span*, que á la vez significa oculto y conejo, da lugar á dos interpretaciones. Los romanos adoptaron esta, en términos que en una medalla del emperador Adriano está representada la España en figura de una mujer ó de una matrona con un conejo al lado. No obstante, lo más probable es que el nombre *Spania* es un derivado del fenicio *span*, que, como hemos dicho, también significa *oculto*, porque este país era para los fenicios una region lejana, oculta y casi escondida en un extremo del orbe. De *Spania*, pues, se formó el nombre de *España* que hoy conserva.

FLORENCIO JANER.

LA ENVIDIA

La envidia, hijos míos, es el defecto más repugnante y más perjudicial que hay en el mundo.

La envidia concluye siempre por ahogar á quien le da albergue en su pecho.

El envidioso es un sér despreciable, que queriendo robar á la humanidad toda la felicidad de que le es dado dis-

frutar en la tierra, concluye por no saber nunca lo que es la dicha.

El envidioso, que desearia que todos fueran á depositar á sus piés los honores y las riquezas del universo, para poseerlo todo y dejar á los demás sin nada, no llega á saber nunca lo que es ser feliz, porque al ir á llevar á sus labios la copa de la felicidad,

se le convierte en la de la amargura, al pensar si otros serán más felices que él.

Del envidioso no se puede esperar ningún sentimiento noble, ninguna buena acción, y lejos de eso, se irrita cuando encuentra en su camino alguna alma noble y desinteresada.

El envidioso es enemigo de todos, porque en todos encuentra alguna cosa que envidiar.

El envidioso no tiene nunca amigos, ni sabe lo que es la amistad.

Verdaderamente no existe para él, que es incapaz de dar abrigo en su viciado corazón a ningún sentimiento grande y generoso.

El envidioso de todos desconfía, a todos mira con recelo, porque al verse tan pequeño se figura que todos son de su misma talla.

El envidioso no conoce esas queridas ilusiones de la juventud, que son las flores que embellecen la vida del hombre, porque la envidia las destruye antes de brotar, ó las marchita al nacer con su perjudicial aliento.

El envidioso es el ser más temible que existe; para él no hay nada sagrado, nada respetable.

El envidioso envidia la felicidad de los demás, porque así cree labrar la suya, sin comprender que la verdadera felicidad está al alcance de todos, y que al envidiar á sus hermanos se aleja más y más del objeto deseado. La verdadera felicidad consiste en obrar bien, en tener limpia la conciencia, que es el espejo donde se reflejan todas nuestras acciones, y en estar más satisfecho de sí mismo por tener la convicción de que es uno útil á sus

semejantes, y que cumple su misión sobre la tierra.

El envidioso no comprende esto, cubre el cristal de su conciencia con el egoísmo para no ver sus acciones, y en vez de ser útil á los demás, desea, por el contrario, que todos le sean útiles á él.

La envidia es capaz de arrastrar á los mayores crímenes, porque cuando el envidioso desea una cosa, casi nunca mira los medios que tiene que emplear para conseguirla, y sólo ve ante su vista aquello que anhela.

El envidioso nunca está contento, nunca se dibuja en sus labios la sonrisa, porque para que estuviera contento, sería menester que se encontrara satisfecho con lo que poseyera, y eso es un absurdo en un envidioso.

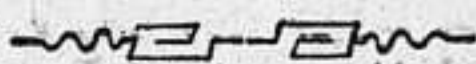
Huid del envidioso, queridos niños, como de un reptil, y no le imiteis nunca ni en lo más pequeño. Sed desinteresados, alegraos con las alegrías de vuestros hermanos, ó llorad sus desgracias al mismo tiempo que ellos; no trateis nunca de arrebatárles la felicidad, y procurad, por el contrario, aumentarla si podeis.

Que nunca penetre en vuestro corazón la bastarda envidia; porque si la dais abrigo en vuestro pecho, sereis su primera víctima.

La envidia y la felicidad son dos cosas completamente opuestas.

Si quereis conocer la felicidad; si quereis ser apreciados de todos; si quereis ser grandes por vuestros sentimientos y por vuestras acciones, no deis oídos jamás á la envidia, que en vez de haceros grandes os convertirá en pigmeos.

F. VARGAS.



CURIOSOS Y GOLOSOS



¿Qué me decís, ¡oh! lectores, de esos niños?... ¿No os horrorizais en presencia de tan horrendo delito?

Su madre ha dejado abierta la puerta de la despensa, y ellos, cautelosamente, se han introducido en tan respetable lugar, y... ya veis lo que están haciendo.

Pero su madre los ve, y cuando vayan á salir de la despensa, con las manos llenas de lo que hayan cogido, encontrarán en su madre el juez que les ha de aplicar la ley con todo rigor, ó sea media docena de azotes.

No intercedais por ellos, queridos lectores.

Quien tal hizo, que tal pague; caiga sobre ellos la media docena de azotes, y odiad el delito y compadeced á los delincuentes.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

Venera á los rectos jueces,
que de Dios hacen las veces.